

PARTE I

JUNIO

¿**H**as decidido si vas a cambiarte el nombre? —me pregunta Ben.

Está sentado en el otro lado del sofá, masajeándome los pies. Se le ve tan mono... ¿Cómo he podido acabar con alguien tan condenadamente mono?

—Tengo una idea —bromeo. Pero en realidad es más que una idea. Mi cara se distiende en una sonrisa—. Creo que voy a hacerlo.

—¿De verdad? —pregunta emocionado.

—¿Te gustaría? —digo yo.

—¿Bromeas? Me refiero a que... no tienes por qué hacerlo. Si consideras que es ofensivo o... O que es una forma de negar tu identidad. Quiero que uses el nombre que tú quieras. Pero si resulta que ese nombre es el mío... —se sonroja levemente—; eso estaría muy bien.

Parece demasiado sexy para ser un marido. Una se imagina a los maridos como hombres gordos y calvos que sacan la basura. Pero mi marido es sexy. Es joven, alto y fuerte. Es tan perfecto... Suenan de lo más cursi. Pero así es como tiene que ser, ¿no? Como recién casada se supone que tengo que verlo a través de este cristal rosa.

—Estaba pensando en decidirme por Elsie Porter Ross —le digo.

Ben deja de masajearme los pies un momento.

—La idea me pone.

Lo miro y me río.

—¿Por qué?

—No sé —contesta, y vuelve a masajearme los pies—. Seguramente es alguna cosa rara que se remonta a nuestros tiempos de cavernícolas. Me encanta la idea de que seamos los Ross. El señor y la señora Ross.

—¡Me gusta! El señor y la señora Ross. Me pone.

—¡Lo que yo decía!

—Pues decidido. En cuanto llegue el certificado matrimonial, lo enviaré al Departamento de Vehículos Motorizados o donde sea que haya que enviarlo.

—Increíble —comenta apartando las manos de mis pies—. Muy bien, Elsie Porter Ross, me toca.

Así que me pongo con los pies de Ben. Durante un rato, le masajeo distraída los dedos de los pies a través de los calcetines, en silencio. Mi mente divaga, pero al final se detiene en una realidad sorprendente: me muero de hambre.

—¿No tienes hambre? —le pregunto.

—¿Ahora?

—No sé por qué pero me muero por comer Fruity Pebbles.

—¿No tenemos cereales en casa?

—Sí, sí tenemos. Pero... me apetecen Fruity Pebbles.

Nosotros tenemos cereales para adultos, cajas de bolitas marrones enriquecidas con fibra.

—Bueno, ¿quieres que vayamos a comprar? Estoy seguro de que CVS aún está abierto y de que tienen Fruity Pebbles. O puedo ir yo solo si no tienes ganas de salir.

—¡No! ¡No podría permitirlo! No estaría bien que me aprovechara de ese modo.

—No, no estaría bien. Pero eres mi mujer y te quiero, y quiero que tengas lo que quieres.

Hace ademán de levantarse.

—No, de verdad, no tienes por qué ir.

—Venga, que voy.

Ben sale de la habitación y vuelve con su bici y sus zapatos.

—¡Gracias! —digo, al tiempo que me estiro sobre el sofá, ocupando el espacio que él acaba de dejar libre.

Ben abre la puerta de la calle sonriéndome y sale con la bici. Oigo que pone el freno y sé que volverá a entrar para decir adiós.

—Te quiero, Elsie Porter Ross —dice, se inclina sobre el sofá y me besa. Lleva un casco de montar en bici y guantes. Me dedica una sonrisa—. De verdad, me encanta cómo suena.

Esbozo una amplia sonrisa.

—¡Te quiero! —le digo—. Gracias.

—De nada. ¡Te quiero! Vuelvo enseguida —dice, y cierra la puerta a su espalda.

Apoyo la cabeza en el sofá y cojo un libro, pero no me puedo concentrar. Le echo de menos. Pasan veinte minutos y empiezo a esperar, pero la puerta no se abre. No se oye a nadie en los escalones.

Cuando han pasado treinta minutos, lo llamo al móvil. Nada. Por mi cabeza empiezan a pasar mil posibilidades. Todas igualmente inverosímiles y absurdas. Ha conocido a otra. Se ha parado en un club de *striptease*. Vuelvo a llamar, mientras mi cabeza empieza a barajar motivos más realistas para explicar su retraso, motivos razonables y por tanto más aterradores. Cuando veo que no contesta, me levanto del sofá y salgo a la calle.

No estoy muy segura de lo que espero encontrar, pero miro calle arriba y calle abajo buscando algún rastro de Ben. ¿Es una tontería pensar que le ha pasado algo? No soy capaz de decidirme. Trato de mantener la calma y me digo a mí misma que estará atrapado en algún atasco de tráfico o se habrá topado con algún viejo amigo. Los minutos pasan cada vez más despacio. Como si fueran horas. Cada segundo se hace insoportablemente largo.

Sirenas.

Oigo sirenas que avanzan en esta dirección. Veo los destellos de las luces por encima de los tejados de la calle. Sus sonidos estridentes parece como si me estuvieran llamando. Puedo oír mi nombre en su lamento repetitivo: El-sie El-sie.

Echo a correr. Para cuando llego al final de mi calle, puedo sentir el frío del hormigón contra las plantas de mis pies. Los ligeros pantalones que llevo no me protegen del viento, pero sigo corriendo hasta que encuentro el origen del sonido.

Dos ambulancias y un camión de bomberos. Hay algunos coches de policía que bloquean el acceso a la zona. Me acerco hasta donde puedo y entonces me detengo. Están colocando a alguien en una camilla. Hay un gran camión de mudanzas volcado a un lado de la calle. Las ventanillas están rotas, hay cristales por todas partes. Miro con atención el camión, tratando de decidir qué ha pasado. Y es entonces cuan-

do veo que no todo son cristales. La calle está cubierta de pedacitos de otra cosa. Me acerco un poco más y veo uno a mis pies. Es un cereal de fruta. Y mis ojos recorren la calle buscando la única cosa que rezo para no ver. Pero la veo. La bicicleta de Ben. ¿Cómo es posible que se me haya pasado?, justo delante de mí, medio atrapada bajo el camión de mudanzas. Retorcida y rota.

De pronto el mundo entero guarda silencio. Las sirenas se detienen. La ciudad entera se detiene. El corazón me late tan deprisa que me duele en el pecho. Puedo sentir la sangre palpitando en mi cerebro. Hace tanto calor aquí afuera. ¿Cuándo ha empezado a hacer tanto calor? No puedo respirar. No creo que pueda respirar. No respiro.

Ni siquiera me doy cuenta de que estoy corriendo hasta que llego a la ambulancia. Y empiezo a golpear las puertas. Salto una y otra vez tratando de llegar a las ventanillas, pero están demasiado altas para mí. Y mientras salto, lo único que oigo es el sonido de los cereales de frutas crujendo bajo mis pies. Cada vez que salto los aplasto contra el suelo. Los convierto en un millón de partículas.

La ambulancia se va. ¿Es él quien va ahí? ¿Le mantienen con vida? ¿Está bien? ¿Está magullado? Quizá está en la ambulancia porque el protocolo dice que tiene que ser así pero en realidad está bien. Quizá está por aquí en algún sitio. Quizá la ambulancia se ha llevado al conductor del camión. Ese tipo tiene que estar muerto, ¿no? Es imposible que haya sobrevivido. Y entonces Ben estará bien. Ese es el karma de los accidentes: el malo se muere, el bueno sobrevive.

Me doy la vuelta y miro alrededor, pero no veo a Ben por ningún lado. Empiezo a gritar su nombre. Sé que está bien. Estoy segura. Pero quiero que esto se acabe. Solo necesito verlo, con algún pequeño arañazo, que me digan que está bien y que puede volver a casa. Vamos a casa, Ben. He aprendido la lección, nunca dejaré que vuelvas a hacerme un favor tan estúpido. Vamos a casa ya.

—¡Ben! —grito al aire de la noche. Hace tanto frío... ¿Cómo es que ahora hace tanto frío?—. ¡Ben! —vuelvo a gritar.

Me siento como si estuviera corriendo en círculos, hasta que un policía me obliga a parar.

—Señora —me dice aferrándome de los brazos. Pero yo sigo gri-

tando. Ben tiene que oírme. Tiene que saber que estoy aquí. Tiene que saber que es hora de volver a casa—. Señora —repite el policía.

—¿Qué? —le grito en su cara.

Me suelto con brusquedad y me doy la vuelta. Y trato de pasar a una zona que está claramente acordonada. Seguro que la persona que ha puesto ese cordón policial me dejaría pasar. Seguro que entendería que yo lo único que quiero es encontrar a mi marido.

El policía me alcanza y vuelve a sujetarme por los brazos.

—¡Señora! —me dice, esta vez con un tono más severo—. No puede estar aquí.

¿Es que no entiende que es justamente aquí donde tengo que estar en estos momentos?

—Tengo que encontrar a mi marido —le digo—. Podría estar herido. Esa es su bicicleta. Tengo que encontrarle.

—Señora, han llevado a su marido al Cedars-Sinai. ¿Tiene forma de llegar allí?

Mis ojos le miran, pero no entiendo lo que me dice.

—¿Dónde está? —pregunto.

Necesito que repita lo que ha dicho. No le entiendo.

—Señora, su marido va de camino al centro médico Cedars-Sinai. Se lo han llevado a urgencias. ¿Quiere que la lleve?

¿No está aquí? Pienso ¿Era él quien iba en la ambulancia?

—¿Está bien?

—Señora, yo no puedo...

—¿Está bien?

El policía me mira, se quita la gorra y se la coloca contra el pecho. Ya sé lo que eso significa. Es lo que hacen a la puerta de las casas de las viudas de guerra en las películas históricas. Y yo, como si acabaran de darme entrada, empiezo a respirar entrecortadamente.

—Tengo que verle —exclamo entre lágrimas—. ¡Tengo que verle! ¡Necesito estar con él! —Me dejo caer de rodillas en mitad de la calle, estrujando más cereales bajo mi peso—. ¿Está bien? Tendría que estar con él. Solo dígame si aún está vivo.

El oficial de policía me mira con cara de pena y culpabilidad. Nunca había visto esas dos expresiones juntas, pero es fácil reconocerlas.

—Señora, lo siento. Su marido ha...

El policía no tiene prisa. Él no está acelerado por la adrenalina como yo. Sabe que no hay motivo para correr. Sabe que el cuerpo sin vida de mi marido puede esperar.

No dejo que termine la frase. Sé lo que va a decir y no puedo creerlo. No quiero creerlo. Le grito mientras le golpeo el pecho con los puños. Es un hombre grande, medirá unos dos metros seguramente, y su mole se cierne sobre mí. Me siento como una niña. Pero eso no me detiene. Sigo brincando y pegándole. Me gustaría abofetearle. Darle patadas. Causarle el mismo dolor que siento yo.

—Ha fallecido en el acto. Lo siento.

Y entonces me desplomo sobre el suelo. Todo me da vueltas. Puedo oír mi corazón, pero no consigo concentrarme en lo que dice el policía. No pensaba que esto pudiera pasar. Yo creía que las cosas malas solo le pasan a la gente que tiene muchos humos. No a la gente como yo, que sabe lo frágil que es la vida y respeta la autoridad de un poder superior. Pero ha pasado. Me ha pasado.

Mi cuerpo se tranquiliza. Mis ojos se secan. Mi rostro se queda petrificado, mis ojos se detienen sobre un andamio y se quedan ahí. Me siento los brazos entumecidos. No sé si estoy sentada o de pie.

—¿Qué le ha pasado al conductor del camión? —le pregunto al policía, tranquila y compuesta.

—¿Perdone?

—¿Que qué le ha pasado a la persona que conducía el camión de las mudanzas?

—Ha fallecido, señora.

—Bien.

Y lo digo como una auténtica psicópata. El policía se limita a asentir con un gesto de la cabeza, indicando quizás el compromiso tácito de hacer como que no me ha oído, para que yo pueda fingir que no he deseado que otra persona se muera. Pero no quiero retirarlo.

El hombre me coge de la mano y me ayuda a subir en la parte delantera de su coche patrulla. Pone las sirenas para avanzar sin trabas entre el tráfico, y veo pasar las calles de Los Ángeles a cámara rápida. Nunca me habían parecido tan feas.

Cuando llegamos al hospital, el oficial me instala en la sala de espera. Mi cuerpo se sacude con tanta violencia que el asiento se sacude conmigo.

—Tengo que entrar ahí —le digo—. ¡Tengo que entrar! —grito más fuerte.

Me fijo en el nombre que pone en su tarjeta de identificación. Oficial Hernández.

—Lo entiendo. Voy a preguntar. Trataré de conseguir tanta información como sea posible. Creo que le asignarán un psicólogo. Vuelvo enseguida.

Oigo cómo me habla, pero no consigo reaccionar ni responderle. Me limito a quedarme sentada, mirando a la pared de enfrente. Siento que mi cabeza se balancea de un lado al otro. Siento que me pongo en pie y camino hacia la sala de enfermeras, pero el oficial Hernández ya vuelve y me intercepta a mitad de camino. Ahora está con un hombre bajito de mediana edad. El hombre viste traje azul y corbata roja. Apuesto a que el muy idiota la tiene como una especie de amuleto de poder. Apuesto a que está convencido de que todo le sale bien cuando se pone esa corbata.

—Elsie —dice.

Debo de haberle dicho al oficial Hernández mi nombre. Ni siquiera me acuerdo. Me tiende la mano como si esperara que yo se la estreche. Pero no veo necesidad de andarme con formalismos en medio de una tragedia. Dejo que su mano cuelgue esperando. Antes de esto, nunca habría rechazado un apretón de manos. Soy una persona educada. A veces hasta soy demasiado complaciente. Desde luego, no se me puede considerar «difícil» o «problemática» en ningún sentido.

—¿Es usted la mujer de Ben Ross? ¿Lleva encima el carnet de conducir? —me pregunta el hombre.

—No, yo... salí corriendo de casa. No...

Me miro los pies. Ni siquiera llevo puestos unos zapatos y este hombre me pregunta si he traído el carnet de conducir.

El oficial Hernández se va. Le veo marcharse, despacio, con torpeza. Siente que su trabajo aquí ya ha acabado, estoy segura. Ojalá yo

fuera él. Ojalá pudiera alejarme de todo esto y volver a casa. A una casa con mi marido y mi cama calentita. Mi marido, una cama confortable, y un maldito cuenco de Fruity Pebbles.

—Me temo que aún no podemos dejarla entrar, Elsie —me dice el hombre de la corbata roja.

—¿Por qué?

—Los médicos están trabajando.

—¿Está vivo? —exclamo.

Con qué rapidez puede volver la esperanza.

—No, lo siento. —Menea la cabeza—. Su marido ha fallecido esta tarde. Pero es donante de órganos.

Me siento como si estuviera dentro de un ascensor que cae a toda velocidad hacia la planta baja. Le están cortando en pedazos para dárselos a otra gente. Le están extrayendo los órganos.

Me vuelvo a sentar en la silla, sintiéndome muerta por dentro. Una parte de mí querría gritarle a este hombre que me deje entrar. Que me deje verle. Quiero pasar por esas puertas dobles y buscarlo, abrazarlo. ¿Qué le están haciendo? Pero estoy petrificada. Yo también estoy muerta.

El hombre de la corbata roja se marcha un momento y regresa con un chocolate caliente y unas zapatillas. Mis ojos están secos y cansados. Apenas veo a través de ellos. Mis sentidos están embotados. Es como si estuviera atrapada en mi cuerpo, aislada de todos cuantos me rodean.

—¿Tiene alguien a quien podamos llamar? ¿Sus padres?

Meneo la cabeza.

—Ana —digo—. Tengo que llamar a Ana.

Apoya su mano en mi hombro.

—¿Puede escribirme el número? Yo la llamaré.

Asiento con el gesto y el hombre me da un trozo de papel y un boli. Tardo un minuto en recordar el número. Antes de escribirlo bien, anoto un número que no es varias veces, pero cuando le devuelvo el papel estoy bastante segura de que lo que hay escrito en él es correcto.

—¿Y qué pasa con Ben?

No estoy muy segura de lo que quiero decir con eso. Es solo que... no puedo rendirme aún. No quiero pasar aún a la fase de llamar a al-

guien que me lleve a casa y me vigile. Tenemos que enfrentarnos a esto, ¿no? Tengo que encontrarle y salvarle. ¿Cómo puedo encontrarle y salvarle?

—Las enfermeras han llamado a su pariente más cercano.

—¿Cómo? Yo soy su pariente más cercano.

—Al parecer en su carnet de conducir figura una dirección en Orange County. Estamos obligados a notificarlo legalmente a la familia.

—¿A quién han llamado? ¿Quién va a venir?

Pero ya sé quién va a venir.

—Veré si puedo averiguarlo. Y llamaré a Ana. Volveré enseguida, ¿vale?

Yo asiento con la cabeza.

En esta sala oigo y veo a otras familias que esperan. Algunos tienen aspecto lúgubre, pero la mayoría están bien. Hay una madre con su hija pequeña. Están leyendo un libro. Un chico joven sujetándose una bolsa de hielo contra la cara junto a un padre que parece molesto. Una parejita de adolescentes cogidos de la mano. No sé por qué están aquí, pero a juzgar por la sonrisa de sus caras y el modo en que tontean, es evidente que no es grave y a mí... a mí me gustaría gritarles. Me gustaría decirles que las salas de urgencias son para emergencias. No tendrían que estar aquí si van a estar tan felices y despreocupados. Me gustaría decirles que se vayan y sean felices en otro sitio, porque en estos momentos lo que menos falta me hace es tener que ver eso. Ya no recuerdo cómo es ser ellos. Ni siquiera recuerdo cómo es ser yo misma antes de que esto pasara. Lo único que tengo es esta abrumadora sensación de miedo. Eso, y la rabia contra esos dos idiotas que no apartan su jodida sonrisa de delante de mí.

Les odio, odio a las malditas enfermeras, que siguen con sus cosas como si este no fuera el peor día de sus vidas. Llamen por teléfono, hacen fotocopias y beben café. Las odio por ser capaces de beber café en un momento como este. Odio a toda la gente que hay en este hospital por no sentirse fatal.

El hombre de la corbata roja vuelve y dice que Ana viene de camino. Se ofrece a sentarse y esperar conmigo. Yo me encojo de hombros.

Que haga lo que quiera. Su presencia no me consuela, aunque al menos sí evita que me tire sobre alguien y me ponga a gritarle por estar comiendo una barra de caramelo en un momento como este. Mi cabeza vuelve de pronto a los Fruity Pebbles esparcidos por la calle, y sé que estarán ahí cuando vuelva a casa. Sé que nadie los habrá retirado porque nadie puede saber lo espantoso que será para mí volver a verlos. Y entonces pienso en lo estúpido que es que Ben haya muerto por algo así. Ha muerto por unos Fruity Pebbles. Tendría gracia si no fuera tan... No, no tendría gracia. Nada de todo esto tiene ninguna gracia. Ni siquiera el hecho de que haya perdido a mi marido porque se me ha antojado comer unos cereales infantiles inspirados en los Picapiedra. Me odio a mí misma por esto. Es lo que más odio.

Ana aparece con expresión apocalíptica. No sé qué le habrá dicho el hombre de la corbata roja, pero se levanta para recibirla cuando ve que se acerca con gesto apresurado. Veo que hablan, pero no puedo oírles. Hablan solo un momento, y luego ella corre a mi lado y me abraza. Dejo que sus brazos me rodeen, pero no tengo energía para devolver el gesto. Esto es el pez muerto de los abrazos. Ana susurra en mi oído:

—Lo siento.

Y me derrumbo entre sus brazos.

No tengo ningún deseo de contenerme, ni de ocultar mi dolor. Y lloro desconsoladamente en la sala de espera. Sollozo y jadeo contra su pecho. En cualquier otro momento de mi vida, hubiera apartado mi cabeza de esa parte de su cuerpo. Me hubiera sentido incómoda teniendo mis ojos y mis labios tan cerca de una zona con un carácter tan marcadamente sexual del cuerpo, pero en estos momentos el sexo parece algo trivial y estúpido. Parece algo que los tontos hacen por aburrimiento. Esos adolescentes felices seguro que lo hacen por deporte.

Los brazos de Ana no me reconfortan. Las lágrimas brotan de mis ojos como si las estuviera obligando a salir, pero no lo hago. Salen por sí mismas. Ni siquiera me siento triste. La desolación que siento es tan desproporcionadamente grande que las lágrimas parecen algo insignificante y absurdo.

—¿Le has visto, Elsie? Lo siento tanto...

No contesto. Nos quedamos sentadas en la sala de espera durante lo que parecen horas. A ratos gimoteo, a ratos no siento nada. La mayor parte del tiempo me limito a permanecer entre los brazos de Ana, no porque lo necesite, sino porque no quiero mirarla. Al final, ella se levanta y me deja apoyada contra la pared. Y entonces va a la sala de enfermeras y se pone a gritar.

—¿Cuánto vamos a tener que esperar para poder verle? —le grita a la joven enfermera hispana que está sentada ante un ordenador.

—Señora —replica la enfermera, ya de pie, pero Ana se aparta.

—No, no me venga con señora. Dígame dónde está. Déjenos pasar.

El hombre de la corbata roja se abre paso hasta ella y trata de calmarla.

Él y Ana hablan durante unos minutos. Veo que intenta tocarla, consolarla, pero ella aparta el hombro con brusquedad. Él solo está haciendo su trabajo. Aquí todo el mundo se limita a hacer su trabajo. Menudo puñado de idiotas.

Una mujer mayor entra en la sala de espera como una exhalación. Tendrá unos sesenta. Cabellos largos y rojizos que rodean su rostro de ondas. El rímel se le ha corrido por las mejillas, lleva un bolso marrón al hombro y un chal marrón oscuro sobre el pecho. Y en las manos sujeta unos pañuelos de papel. Ojalá mi dolor fuera tan comedido como para permitirme usar pañuelos de papel. Yo me he estado limpiando los mocos con la manga y el escote. He estado dejando que las lágrimas cayeran al suelo y se convirtieran en charcos.

La recién llegada corre al mostrador principal y luego se resigna a sentarse. Por un momento, su rostro se vuelve hacia mí, y sé sin género de duda quién es. La miro fijamente. No puedo apartar los ojos de ella. Es mi suegra, una desconocida se mire como se mire. He visto su fotografía alguna vez en un álbum de fotos, pero ella a mí no me conoce.

Me retiro y voy a los servicios. No sé cómo presentarme. No sé cómo decirle que las dos estamos aquí por el mismo hombre. Que las dos sufrimos por la misma pérdida. Me planto ante el espejo y me miro. Mi rostro está enrojecido. Tengo los ojos rojos. Miro mi cara y pienso que antes había una persona que adoraba esa cara. Y ahora no está. Ya nadie adora mi cara.

Salgo de los lavabos y la mujer ya no está. Y cuando me doy la vuelta me encuentro a Ana sujetándome del brazo.

—Puedes entrar —dice, y me lleva junto al hombre de la corbata roja, que me conduce al otro lado de las puertas dobles.

El hombre de la corbata roja se detiene ante una habitación y me pregunta si quiero que entre conmigo. ¿Por qué iba a querer que entrara conmigo? Acabo de conocerle. No significa nada para mí. El hombre que está dentro de la habitación lo significa todo para mí. *Nada* no va a evitar que pierda a *todo*. Abro la puerta y veo que hay otras personas dentro, pero yo solo tengo ojos para el cuerpo de Ben.

—¡Disculpe! —dice mi suegra entre lágrimas.

Un tono educado pero demoledor. No le hago caso.

Sujeto el rostro de Ben entre mis manos y lo noto frío al tacto. Sus párpados están cerrados. No volveré a ver sus ojos. Y se me ocurre que quizá ya no están. No puedo mirar. No quiero saberlo. Tiene el rostro magullado y no estoy muy segura de lo que eso significa. ¿Significa que estaba herido antes de morir? ¿Se murió solo y desvalido en mitad de la calle? Oh, Dios, ¿sufrió? Me siento mareada. Una sábana le cubre el pecho y las piernas. Tengo miedo de apartarla. Tengo miedo de que haya demasiadas cosas a la vista, demasiado que ver. O que haya demasiadas cosas que han desaparecido.

—¡Seguridad! —grita la mujer al aire.

Un guardia de seguridad aparece por la puerta, mientras yo sigo sujetando la mano de Ben y miro a mi suegra. No tiene por qué saber quién soy. No tiene por qué saber lo que hago aquí, pero a estas alturas ya tendría que haber entendido que quiero a su hijo. Eso tendría que estar bastante claro.

—Por favor —le suplico—. Por favor, Susan, no lo haga.

Ella me mira con curiosidad, confusa. Solo por el hecho de que conozco su nombre, ha visto que aquí hay algo que se le escapa. Asiente muy levemente y mira al guardia de seguridad.

—Lo siento. ¿Puede dejarnos un momento? —El hombre sale de la habitación y Susan mira a la enfermera—. Usted también. Gracias.

La enfermera sale de la habitación y cierra la puerta.

Susan parece torturada, aterrada, pero compuesta, como si le que-

dara suficiente control para los próximos cinco segundos y después se fuera a derrumbar.

—Lleva un anillo de casado en el dedo —me dice.

Yo la miro y trato de seguir respirando. Levanto dócilmente la mano izquierda para que vea el mío.

—Nos casamos hace una semana y media —digo entre lágrimas.

Noto que las comisuras de mis labios se curvan hacia abajo. Me pesan tanto...

—¿Cómo te llamas? —pregunta, ahora temblando visiblemente.

—Elsie —le digo.

Me aterra esta mujer. Parece furiosa y vulnerable, como un adolescente a la fuga.

—¿Elsie qué?

Las palabras se le atragantan.

—Elsie Ross.

Y entonces se viene abajo. Se viene abajo igual que me ha pasado a mí. Y acaba en el suelo. Ya no quedan pañuelos de papel que puedan salvar el linóleo de sus lágrimas.

Ana está sentada a mi lado, sujetando mi mano. Yo estoy sentada a un lado de Ben, sollozando. Susan se excusó hace ya un rato. El hombre de la corbata roja entra y dice que tenemos que solucionar algunos asuntos y que tienen que llevarse el cuerpo de Ben. Yo me limito a mirar al frente, ni siquiera pienso en lo que está pasando, hasta que el hombre de la corbata roja me entrega una bolsa con las cosas de Ben. Su móvil está ahí, su cartera, sus llaves.

—¿Qué es esto? —pregunto, aunque sé perfectamente lo que es.

Antes de que el hombre tenga tiempo de contestar, Susan aparece por la puerta. Su rostro está tenso; los ojos enrojecidos. Parece más vieja que cuando salió hace un rato. Se la ve agotada. ¿Tengo yo ese aspecto también? Apuesto a que sí.

—¿Qué está usted haciendo? —le pregunta al hombre.

—Estoy... tenemos que dejar libre la habitación. El cuerpo de su hijo será trasladado.

—¿Por qué le dan eso a ella? —pregunta directamente.

Y lo dice como si yo no estuviera.

—¿Perdone?

Susan entra en la habitación y coge la bolsa con las cosas de Ben de delante de mí.

—Todas las decisiones relacionadas con Ben, todas sus pertenencias, deben dirigirse a mí.

—Señora —dice el hombre de la corbata roja.

—*Todo* —insiste ella.

Ana se pone en pie y me sujeta del brazo para que vaya con ella. Pretende evitarme esta situación, pero aunque preferiría no estar aquí en estos momentos, no puedo dejar que me lleve. Me suelto y miro a Susan.

—¿Le parece que hablemos de los pasos que hay que dar? —le digo a la mujer.

—¿Qué tenemos que hablar?

Su actitud es fría y controlada.

—Lo que quiero decir...

En realidad no sé lo que quiero decir.

—Señora Ross —dice el hombre de la corbata roja.

—¿Sí?

Las dos contestamos a la vez, Susan y yo.

—Lo siento —digo—. ¿A cuál de las dos se refiere?

—La mayor —contesta él mirando a Susan.

Estoy segura de que lo ha dicho como una muestra de respeto, pero a ella le habrá sentado como un jarro de agua fría. Susan no quiere ser una de las dos señoras Ross, eso está claro, pero apuesto a que para ella lo peor es tener que ser la mayor.

—No pienso dar crédito a esto —nos anuncia a todos los que estamos en la habitación—. No tiene ninguna prueba de que mi hijo siquiera la conociera, y menos aún de que se hayan casado. ¡Nunca he oído hablar de ella! Mi único hijo. Le vi hace un mes. Y no dijo ni una palabra. Así que no, no pienso permitir que envíen las cosas de mi hijo a casa de una desconocida. No pienso tolerarlo.

En este punto Ana interviene.

—Quizá sería el momento de que todos recapitulemos un poco.

Susan vuelve la cabeza, como si reparara en su presencia por primera vez.

—¿Y usted quién es?

Y lo pregunta como si fuéramos payasos que salen de un Volkswagen. Como si estuviera cansada de ver que no deja de salir gente.

—Soy una amiga. Y no creo que ninguna de nosotras esté en posición de actuar de manera racional, así que lo mejor es que respiremos...

Susan se vuelve hacia el hombre de la corbata roja, interrumpiendo con su lenguaje corporal a Ana en mitad de la frase.

—Usted y yo tenemos que discutir esto en privado —le ladra.

—Señora, por favor, tranquilícese.

—¿Que me tranquilice? ¡Bromea usted!

—Susan... —empiezo a decir yo.

No sé muy bien qué pensaba decir, pero a Susan le importa una mierda.

—Basta —dice levantando la mano ante mi cara.

Es un gesto agresivo e instintivo, como si necesitara proteger su rostro de mis palabras.

—Señora, Elsie fue escoltada hasta aquí por la policía. Estaba en el lugar del accidente. No tengo ningún motivo para dudar que ella y su hijo estaban, como dice ella,...

—¿Casados?

Susan lo dice con tono de incredulidad.

—Sí —dice el hombre.

—¡Llamen al juzgado! Quiero ver los papeles.

—Elsie, ¿tiene usted una copia del certificado de matrimonio que pueda enseñar a la señora Ross?

De pronto siento que me encojo, me hago muy pequeña. No quiero encogerme. Quiero sentirme segura, orgullosa. Pero esto es demasiado, y no tengo nada que enseñar.

—No, pero, Susan... —digo mientras las lágrimas se deslizan por mi rostro. Me siento tan fea ahora mismo, tan pequeña y estúpida...

—¡Deja de llamarme así! —me grita—. Ni siquiera me conoces. ¡Deja de llamarme por mi nombre!

—Bien —digo. Mis ojos miran al frente, están concentrados en el cuerpo que hay en la habitación. El cuerpo de mi marido—. Quédese-lo todo. No me importa. Podemos quedarnos aquí sentadas gritando todo el día y eso no cambiará nada. Así que me importa un bledo a donde vaya a parar la cartera.

Pongo un pie delante del otro y salgo de la habitación. Dejo el cuerpo de mi marido allí, con ella. Y en el mismo instante en que mis pies pisan el pasillo, el instante en que Ana cierra la puerta a nuestra espalda, me arrepiento de haber salido. Tendría que haberme quedado con él hasta que la enfermera me echara de una patada.

Ana me empuja para que me mueva.

Me mete en el coche. Me pone el cinturón de seguridad. Conduce despacio por la ciudad. Aparca. No recuerdo nada de todo esto. Pero de pronto estoy ante la puerta de mi casa.

Entro en mi apartamento. No tengo ni idea de la hora que es. No tengo ni idea del tiempo que ha pasado desde que estaba sentada en el sofá, en pijama, como una hembra de King Charles Cavalier, lloriqueando por unos cereales. Este apartamento, que adoro desde que me instalé en él, el apartamento que pasó a ser «nuestro» cuando Ben se mudó, ahora me traiciona. No se ha movido un ápice desde que Ben murió. Es como si no le importara.

No ha apartado sus zapatos, que siguen en medio de la habitación. No ha doblado la manta con la que se tapó. Ni siquiera ha tenido la decencia de ocultar su cepillo de dientes a la vista. Este apartamento se comporta como si nada hubiera cambiado. Todo ha cambiado. Les digo a las paredes que se ha ido.

—Está muerto. No va a volver.

Ana me frota la espalda y dice:

—Lo sé, cariño, lo sé.

No, no lo sabe. Nunca lo sabrá. Entro distraída en mi habitación y me golpeo el hombro contra el gozne de la puerta pero no siento nada. Me meto en mi lado de la cama, y aún puedo olerle. Él sigue aquí, en las sábanas. Cojo su almohada de su lado de la cama y la huelo, mien-

tras me atraganto con mis propias lágrimas. Voy a la cocina y cuando entro Ana me está poniendo un vaso de agua. Paso de largo con la almohada en la mano, cojo una bolsa de basura y embuto dentro la almohada. La ato con fuerza, y hago nudos y más nudos, hasta que el plástico se rompe entre mis manos y la bolsa se me cae.

—¿Qué haces? —me pregunta Ana.

—Huele a Ben —contesto yo—. No quiero que el olor se desvanezca, quiero preservarlo.

—No sé si eso funcionará —me dice con delicadeza.

—Que te jodan —digo yo, y me vuelvo a la cama.

Me echo a llorar en el instante en que mi cabeza toca la almohada. Detesto lo que esto me ha hecho. Nunca le había dicho a nadie que se joda, y menos a Ana.

Ana ha sido mi mejor amiga desde los diecisiete años. Nos conocimos el primer día de universidad en la cola del comedor. Yo no tenía a nadie con quien sentarme y ella ya estaba tratando de esquivar a un chico. Fue un momento decisivo para las dos. Cuando Ana decidió mudarse a Los Ángeles para hacerse actriz, yo me vine con ella. No porque sintiera ninguna afinidad con Los Ángeles, nunca había estado aquí, sino porque la tenía con ella. «Vamos —me había dicho Ana—. Puedes ser bibliotecaria en cualquier sitio.» Y tenía toda la razón.

Y aquí estamos, nueve años después de conocernos, con ella mirándome como si pensara que me voy a cortar las venas. Si estuviera un poco más centrada, diría que esta es la verdadera esencia de la amistad, pero eso no me preocupa ahora. No me importa nada.

Ana entra con dos pastillas y un vaso de agua.

—He encontrado esto en el botiquín.

Miro su mano y las reconozco. Es Vicodin, de cuando Ben tuvo un espasmo muscular en la espalda el mes pasado. No tomó casi ninguna. Creo que pensaba que tomarlas le convertía en un cobarde.

Se las cojo de la mano sin preguntar y me las trago.

—Gracias —digo.

Ella me arropa con la colcha y se instala en el sofá para dormir. Me alegro de que no intente dormir en la cama conmigo. No quiero que se lleve el olor de Ben. Tengo los ojos reseco de llorar, mis brazos y mis

piernas están flácidos, pero mi cerebro necesita el Vicodin para dormirse. Me desplazo al lado de Ben medio atontada y me duermo.

—Te quiero —digo, y por primera vez no hay nadie para oírlo.

*M*e despierto como borracha. Estiro el brazo para tomar la mano de Ben como hago cada mañana y su lado de la cama está vacío. Por un momento pienso que debe de estar en el lavabo o preparando el desayuno, y entonces me acuerdo. La desolación vuelve, más apagada, pero también más densa, y envuelve mi cuerpo como una manta, me pesa en el corazón como una piedra.

Me llevo las manos a la cara y trato de apartar las lágrimas, pero brotan demasiado deprisa para que pueda contenerlas todas. Como en uno de esos juegos donde tienes que ser rápido y darle al topo, que sale por un sitio diferente cada vez.

Ana entra secándose las manos con un trapo.

—Estás despierta —comenta sorprendida.

—Qué observadora.

¿Por qué tengo que ser tan mezquina? Yo no soy una persona mezquina. Yo no soy esta.

—Ha llamado Susan.

No hace caso de mis arrebatos, y yo lo agradezco.

—¿Qué ha dicho? —Me incorporo en la cama y cojo el vaso de agua de la mesita de noche—. ¿Qué puede querer de mí?

—No ha dicho nada. Solo que la llames.

—Genial.

—He dejado el número en la nevera. Por si decides llamarla.

—Gracias.

Bebo unos sorbos de agua y me levanto.

—Tengo que sacar a *Bugsy*, pero volveré enseguida —dice Ana.

Bugsy es su bulldog inglés. Lo babea todo, y en estos momentos me gustaría decirle a Ana que *Bugsy* no necesita que lo saque porque es un pedazo de vago, pero no lo digo porque de verdad de verdad que quiero dejar de ser tan desagradable.

—Vale.

—¿Necesitas que traiga algo ya que salgo? —pregunta, y eso me recuerda que le pedí a Ben que me trajera los Fruity Pebbles. Me vuelvo a meter en la cama.

—No, no quiero nada. Gracias.

—Vale, vuelvo enseguida. —Piensa unos momentos—. ¿Prefieres que me quede por aquí por si decides a llamar a esa mujer?

—No, gracias. Puedo yo sola.

—Vale, si cambias de opinión...

—Gracias.

Ana se va y, cuando oigo cerrarse la puerta, me doy cuenta de lo sola que estoy. Estoy sola en esta habitación, sola en este apartamento, pero lo más importante, estoy sola en la vida. Mi cabeza es totalmente incapaz de asimilarlo. Me limito a levantarme y cojo mi móvil. Cojo el número de la puerta de la nevera y veo un imán de Georgie's Pizza. Y de pronto estoy en el suelo; siento el frío de las baldosas contra la mejilla. Y no puedo levantarme.